

COSAS DE LA MODA



SEGUN el dictamen de un profesor muy eminente, maestro en astrofísica, es totalmente arbitrario imaginar a los seres pensantes que puedan existir más allá de la Tierra como parecidos al hombre, aunque sea bajo la máscara metálica del "robot", que ha popularizado la literatura de "fiction". Lo más

probable, según ese sabio, es que el espíritu anide directamente en materias que no tengan nada que ver con la imagen que nosotros tenemos de la vida; y que nuestro antagonista en el futuro, lejos de tener las piernas torpes y la cabeza cuadrada de un mecanismo, sea puro, libre e inasible como una llama o la estela de un meteoro. Esos seres pensantes pueden no ocupar lugar y escapar a nuestra percepción. Es más: dicho científico, el profesor Fred Hoyle, opina que el espíritu puede que encarne directamente en alguna constelación estelar, que él llama "nube negra". Por tanto, despidámonos de la posibilidad de encontrar en el cosmos paraísos hechos a nuestra semejanza, seres como los nuestros, engendros de plástico que podamos ver a bordo de sus platillos volantes. Quizá una de esas constelaciones pensantes nos esté ya observando y se apene de nuestra pobre condición bípeda, apegada al suelo y víctima de él.

Tal vez por ello, a medida que el hombre avanza en su penetración de los espacios ajenos, rehabilite unas cuestiones que ya estaban inventadas muchos siglos atrás, y que no se salen de la esfera de sus propias, limitadas pero inagotables percepciones. Así por ejemplo: existe, con los comienzos de este verano, una especie de programática imprecisa destinada a modificar aún más, simplificándolos, los términos de la moda femenina. Los escarceos no han ido, hasta ahora, más allá del escándalo local en cierta playa de Chicago y en algunos puntos igualmente soleados de la Costa Azul. Un periódico parisien de gran circulación publicó en primera página un par de fotografías en las que se veía a dos agentes del orden, en Estados Unidos, que retiraban de la circulación pública a una joven bañista que había resuelto, por cuenta de los modelistas del atuendo femenino, suprimir de su "bikini" la pieza superior. Simultáneamente la escena se reproducía en la Costa Azul, donde los modelos de bañador eran absolutamente recatados, pero sólo por la espalda. Un par de establecimientos londinenses han exhibido ya en sus escaparates trajes de noche dotados de esa azarante simplificación. Las maniqués de cera resultan, afortunadamente, muy artificiosas en la fotografía, lo que no obsta para que la exhibición aglomere frente a los cristales de la tienda a una pequeña muchedumbre de mirones. Pensamos en cierta respuesta del dueño de un establecimiento, pionero de la propaganda visual con maniqués de cera en los años veinte, al alcalde de su ciudad que prohibió a la sazón exhibiciones de este tipo para las prendas íntimas femeninas: "Envidiable erotismo el del señor alcalde". Respecto a la difícil moda que intentan introducir, a juzgar por las noticias, parece que los reformistas se dividen en dos grupos: los que consideran que esa moda se puede "llevar" sólo en las playas, y aquellos que con gusto la instalarían en la ciudad. Estos últimos han realizado una "descubierta" en las calles de Berlín, a mediodía. La señorita modelo que lanzaron a la circulación no tardó media hora en pasar por la comisaría, y no sólo con sus huesos. Entre los primeros está el alcalde de Björson, Dinamarca, que ha hecho declaraciones en el sentido de que las playas de su jurisdicción quedan abiertas para la nueva moda de bañadores. No así su ciudad, cerrada a cal y canto a las exhibicionistas. Sutil distinción, casuístico matiz el del señor alcalde.

Dejando a un lado las muchas dificultades con que se encontrarán los promotores de ese movimiento, debidas principalmente al hecho de que se desvirtuaría totalmente el objetivo de la moda —que es engalanar—, a lo

que son reacias casi todas las mujeres, la simplificación no tiene siquiera el valor de la novedad, puesto que la cerámica cretense nos ofrece múltiples muestras de ese intento, que la Grecia de Pericles se apresuró a desvirtuar en el punto más fino de la civilización y de la sociedad humana. Los peripatéticos comprendieron seguramente que ciertas cosas, como la filosofía, sólo son bellas si permanecen ocultas. Y que no es preciso llegar a la evidencia para poseer la verdad. La desnudez clásica se esconde a menudo bajo tenues ropajes y el vuelo de la seda en la piedra contribuye, en Fidias, a realzar aquello que en la mujer sólo se justifica por el recato.

Todo ello marca una derivación sutil de la moral social en los años recientes. El bañador femenino de dos piezas se llamó "bikini" en recuerdo del explosivo experimento de aquella isla del Pacífico que inauguró, paradójicamente, la convivencia pacífica salpicada de guerras locales, frías o calientes. El "dos piezas" es contemporáneo de la guerra de Corea, del anticolonialismo y de la desestalinización. Pudo ser un reactivo al tabardo de guerra y a las barbas y a los calzones del existencialismo. La "starlette", sirena de pólvora, personalizó pronto la distensión, y contribuyó a través de los festivales cinematográficos al acercamiento de los pueblos. Se entremezclaban en ella cierto impudor y descaro anatómico con los problemas más enrevesados, superficialmente entendidos, de la existencia humana. En conjunto, ello no daba más que esos dramas de alcoba que tenían como protagonista a Brigitte Bardot y, como vehículo, kilómetros de celuloide con primeros planos de sórdida almohada; todo ello con referencias, muy anticuadas por cierto, que recordaban a Barbey d'Aurevilly y al naturalismo decimonónico. El presente escarceo se puede situar en una zona más definida y regular, en directrices más concretas, puesto que no confunde en definitiva al escote con Kírkegaard sino, a lo sumo, con el martini seco.

También contribuye la propuesta actual —siempre, claro está, que no pase de ello— a borrar del mapa los espectros de aquello que se llamó, con el título de la famosa película, la "dulce vida". Sin duda uno de los espectáculos más sórdidos de la textura existencial de la sociedad moderna ha sido el auge del "streeptease", lamentable exhibición de ciertas lacras mentales, más que otra cosa. La advertencia de esos bañadores llamados "sin misterio" podría ser la eliminación teórica de semejante aberración. Cuando en la "belle époque" los jueguistas del tiempo consideraban una victoria el haberle visto el tobillo a una dama en situación de poner el pie en el estribo del coche, como nos muestran las revistas galantes de la época, o entronizaban el "can-can" para olvidar la guerra franco-prusiana, eran más consecuentes que la turba de enfermos que ha escogido al "streeptease" como narcótico de la desintegración atómica. Impracticable y, sin duda, demoledora, la prueba de los nuevos modelos puede quizá ser interpretada como una resolución rápida y diurna de la tortura crónica inconfesada que apuran lentamente con whiskey los residuos de un clan humano y social.

el profesor campestre ¡Cómo no reaccionaría violentamente ante ello aquel adelantado de la desnudez humana llamado

Floreál Campos, partidario de la vida colectiva en estado natural, trasegador de riesgos y vecino de torrentes escondidos donde, con sus acólitos, pudiera zafarse de la vigilancia y de la persecución policia! Postulaba en Ateneos populares y en la plaza pública el advenimiento de una humanidad sin las coacciones del guardarropa y publicaba unas revistas donde unas ninjas en estado rupestre se solazaban junto a un mamantal. Su labor era tanto más abnegada cuanto que su propia naturaleza no estaba dotada para el mensaje que difundía, ya que su éxodo por los desmontes y en las reconditeces forestales, ropa en mano, le había procurado en su juventud una dolencia asmática y en su vida privada había de andar siempre envuelto en bufandas y en vahos de eucalipto. ¡Abnegado varón que no podía sospechar que su doctrina podía, aunque parcialmente, triunfar, o por lo menos ser temida en cuenta por los maestros de la modistería, cuando a él no le tocaron más que las humedades de cuartelillo rural y quincena en las sombras!

Tapemos también este comentario. Cubramos nuestra efimera prosa con un chal. La vida es hermosa sólo cuando está un poco cubierta.